

MANOS UNIDAS

Francisco Cándido Xavier

Por el Espíritu Emmanuel

Traducido por Alipio González

ÍNDICE

Manos Unidas

1 -Tu Libro

2 -En el Cuerpo

3 -Delante del bien

4 -Esperanza Siempre

5 -En la Buena Lucha

6 -Verbo y Vida

7- Paciencia Siempre

8 -Permuta Incesante

9 -Fe y Coraje

10 -Nuestra Parcela

11 -Centavos de Luz

12 -Rescate y Renovación

13 -Realidad y Nosotros

14 -Libertad Ajena

15 -En el Balance de las Pruebas

16 -Religión y Nosotros

17 -La Llave Bendita

18 -Tropiezos y Disgustos

19 -Ellos, los Otros

20 -Trabaja y espera

21 -En la Senda de la Felicidad

22 -Socorro y Solución

23 -Antes de la Crisis

24 -Mecanismo del Auxilio

25 -Sobrevivencia

26 -Abolición del Mal

27 -Auto Aceptación

28 -Misión Espírita

- 29 -Fieles Siempre
- 30 -Errores y Faltas
- 31 -Paciencia y Trabajo
- 32 -Nota de Esperanza
- 33 -Deber y Compromiso
- 34 -Voluntad de Dios
- 35 -Entre Hermanos
- 36 -Entendimiento con Jesús
- 37 -La Extraña Crisis
- 38 -Problema en Servicio
- 39 -Sentimiento, Idea y Acción
- 40 -Bendecir y Comprender
- 41 -Paciencia y Vida
- 42 -Sugerencias de la Parábola
- 43 -Sin Esmorecer
- 44 -Una Sola Luz
- 45 -Prontuario del Alma
- 46 -El Compañero Oculto
- 47 -Tu Privilegio
- 48 -Camino de Cristo
- 49 -Ante la Vida
- 50 -Oración por los Seres Queridos

MANOS UNIDAS

Lector amigo.

"Manos Unidas" es el título del sencillo volumen que le ofrecemos a la generosidad, buscándole la compañía para nuestras reflexiones con la Doctrina Espírita, a la luz de las enseñanzas del Cristo de Dios.

Escogemos semejante leyenda recordando que, de manos unidas a las manos mediúnicas, lo escribimos y, con las manos unidas a las nuestras, tenemos la bondad de su atención vuelta hacia nuestra tarea en común.

¡Manos unidas! Tan solo así, con las manos enlazadas, conseguiremos alcanzar las realizaciones del trabajo y del estudio que nos harán lograr los elevados objetivos a que estamos todos destinados, en los caminos del perfeccionamiento y de la elevación.

Emmanuel

Uberaba, 17 de abril de 1972.

TU LIBRO

La existencia en la Tierra es un libro que estás escribiendo...

Cada día es una página...

Cada hora es una afirmación de tu personalidad, a través de las personas y de las situaciones que te buscan.

No menosprecies la oportunidad de crear una epopeya de amor alrededor de tu nombre.

Las buenas obras son frases de luz que diriges a la Humanidad entera.

En cada respuesta a los demás, en cada gesto hacia los semejantes, en cada manifestación de tus puntos de vista y en cada demostración de tu alma, grabas, con tinta perenne, la historia de tu pasaje.

En las impresiones que produces, yérguese el libro de tus testimonios.

La muerte es la gran coleccionadora que recogerá las hojas esparcidas de tu biografía, grabada por ti mismo, en las vidas que te rodean.

No desprecies la compañía de la indulgencia, a través de la senda que el Señor te dio a trillar.

Haz un área de amor alrededor del propio corazón, porque solo el amor es suficientemente fuerte y sabio para orientarte la escritura individual, convirtiéndola en compendio de auxilio y esperanza para cuantos te siguen los pasos.

Vive con Jesús, en la intimidad del corazón, no te alejes de Él, en tus acciones de cada día, y el libro de tu vida se convertirá en un poema de felicidad y en un tesoro de bendiciones.

EN EL CUERPO

Hay quien menosprecia el cuerpo, alegando con eso honrar el alma; entretanto, eso es lo mismo que combatir la escuela, bajo el extraño pretexto de beneficiar al aprendiz.

Ligera observación, empero, nos hará recordar la importancia de la vida física.

Dícese, muchas veces, que el cuerpo es adversario del espíritu; con todo, es en el cuerpo que disponemos de aquel bendito anestésico del olvido temporal, con que la cirugía de la vida, en los hospitales del tiempo, suprime las llagas morales instaladas por nosotros mismos, en el campo íntimo; en él, volvemos a encontrar los desafectos de pasadas reencarnaciones, en las tramas de la consanguinidad o en las obligaciones del grupo de servicio para el rescate necesario de nuestras deudas, ante la ley que nos gobierna los destinos; con él atesoramos, poco a poco, los valores de la evolución y de la cultura; auxiliados por él, perdimos los últimos vestigios de herencia animal, que cargamos a fuerza de la larga convivencia en los reinos inferiores de la Creación, a fin de que nos elevemos a las cimas de la inteligencia; integrados en él, es que somos pacientemente cincelados por los instrumentos de la Naturaleza, ante la gloria espiritual que a todos nos aguarda, en el Infinito, en la condición de hijos de Dios; y, finalmente, es aun en el cuerpo que somos enfrentados por los grandes amores, a comenzar por la abnegación de los ángeles maternales de la Tierra, que nos presiden la permanencia en el campo físico, habilitándonos para la adquisición de los más altos títulos en la escuela de la experiencia.

Meditemos en todo eso y sepamos ver en el cuerpo el arpa sublime en que la sabiduría del Señor nos enseña, siglo a siglo, existencia a existencia, día a día, la bendita ciencia del crecimiento y de la ascensión hacia la Vida Inmortal.

DELANTE DEL BIEN

Delante de cada día que surge, reflexionemos en la edificación del bien a la que somos llamados.

Para eso, comencemos bendiciendo personas y acontecimientos, circunstancias y cosas, para que se realice lo mejor.

Al principio acostumbran aparecer, en lo cotidiano, los problemas triviales del instituto doméstico. Habitualmente, surge el asunto palpitante de la hora solicitándonos atención.

Sepamos abstraerle la sombra probable proyectando el rayito de luz que seamos capaces de improvisar.

Enseguida, de inmediato, estamos casi siempre enfrentados por los contratiempos de orden familiar.

Conviviendo con ellos, usemos el verbo calmante y conciliador para que los engranajes del hogar funcionen lubricados en bálsamo de armonía. Más adelante es el grupo de trabajo con los puntos débiles apareciendo.

Abracemos con paciencia y alegría las tareas excedentes que se nos impongan, olvidando esa o aquella falla de los compañeros y trayendo hacia nosotros sin queja o censura la obligación que quedó por hacer.

Enseguida es el campo vasto de las relaciones con las sorpresas menos felices que sobrevengan: el amigo modificado, la trama de la incompreensión, la actitud mal interpretada, el hermano que se va hacia lejos de nosotros.

A cada ocurrencia poco agradable, procuremos responder con nuestros más altos recursos de entendimiento, justificando al amigo que se transforma, deshaciendo sin amargura el enmarañado de las tinieblas, removiendo equívocos en pauta y apoyando al colega que se aleja, ofreciéndole la certeza íntima con referencia a la continuidad de nuestra estimación.

Todo lo que existe es pieza de la vida y si aquí o más allá, la deficiencia aparece, eso significa que la obra del bien, en esa o aquella pieza de la vida está pidiendo nuestra colaboración a fin de que le donemos un pedazo de bien, que por ventura aún le falte.

ESPERANZA SIEMPRE

Nadie sin esperanza. Nadie sin Dios.

Contempla el Cielo, en los días en que la sombra te invada el corazón, y piensa en la inalterabilidad del Amor Infinito que se vierte del Creador hacia todas las criaturas.

El mismo Sol que te calienta y nutre es aquel mismo Sol que nutrió y calentó a billones de criaturas, en la Tierra, en el curso de los siglos incesantes.

Casi todas las estrellas que hoy se te muestran a los ojos son las mismas que acompañaron a los hombres, en la caída o en el levantamiento de numerosas civilizaciones.

Reflexiona en eso y no te dejes arrasar por las aflicciones transitorias que te visitan con fines regenerativos o edificantes. Es probable que diversas tribulaciones te sigan el rastro.

Aguantas incomprendiones y dificultades en cuenta propia; toleras luchas y problemas que no creaste; cargas compromisos y constreñimientos, a fin de auxiliar a los entes queridos; o erraste, tal vez, y sufres las consecuencias de tu propia culpa.

No importa, entretanto, el problema, aunque siempre nos pese las responsabilidades asumidas, cualesquiera que sean.

Deslígate, sin embargo, de pesimismo y desánimo, recordando que la vida, — aun en la vida que disfrutas, — en sus orígenes profundos, no es obra de tus manos.

El poder te dotó de movimiento, que te desarrolló las percepciones, que te indujo al impulso irresistible del amor y que te encendió en el pensamiento la luz del raciocinio, guarda recursos suficientes para rectificarte, suplementarte las energías, ampararte en la solución de cualquier empresa difícil o retirarte de cualquier precipicio donde hayas caído, en perjuicio de ti mismo.

Ese mismo poder de la vida que regenera el gusano contundido y reajusta a los árboles podados nunca te relegaría a la sombra de la indiferencia. Entretanto, para que le asimiles plenamente el apoyo, es imperioso que te integres en el sistema de trabajo en el bien de todos, sin rendirte a la inutilidad o a la deserción.

Recuérdate de que el gusano herido y los árboles dilacerados se rehacen para permanecer fieles al trabajo que la sabiduría, que la vida les confirió por la naturaleza.

Recordemos eso y sea de la especie que fuere la prueba que te amargue las horas, continúa trabajando en la sustentación del bien general, porque si te ajustas al privilegio de servir, sea cual sea la prueba en que te encuentras, reconocerás, inmediatamente, que el amor es un sol brillando para todos y que nadie existe sin esperanza y sin Dios.

EN LA BUENA LUCHA

La mies del bien que Jesús nos expone se revela como trabajo arduo, con cimientos en el espíritu de equipo. Servicio de confraternidad y apoyo mutuo en que los obreros, de corazones interconectados y manos unidas, son convocados a dura labor, comenzando en el perfeccionamiento de sí mismo.

En razón de eso, cada núcleo de actividad espiritita, evidenciándose en la condición de puesto avanzado del Cristianismo revivido, ha de ser, por fuerza de sus propias finalidades, un campo de pelea moral, donde los lidiadores actúan, armados con recursos del alma, como son el entendimiento y la tolerancia, la bondad y la paciencia, la humildad y la abnegación, basados en el amor que Cristo nos legó.

Ponderemos, respecto a eso, y reconozcamos nuestra obligación de trabajar por el bien para que se haga, en todas partes, el bien de todos. Labrar el suelo del espíritu con los instrumentos del estudio, sembrar la comprensión, difundir los valores humanos, ejemplificar lealtad a los compromisos esposados en la oficina de elevación, esparcir hacia los demás, tanto cuanto fuere posible, a las bendiciones del Señor.

Es justo que en esas líneas de batalla espiritual aparezcan ocurrencias poco felices. De cuando en cuando compañeros caen alcanzados por enemigos de la luz, a través de las brechas que ellos mismos formaron, pidiendo amparo urgente en la retaguardia; muchos retroceden asustados, al observar la extensión de la obra a realizar; otros exigen vacaciones o permisos indefinidos, recelando obstáculos; y otros, aún, huyen amedrentados, ante los riesgos de la lucha.

En favor de todos, Jesucristo, el Supremo Comandante de las Huestes del Bien, promueve y promoverá siempre el socorro adecuado, en las condiciones precisas; entretanto, a fin de que comprendamos nuestras propias dificultades, recordemos que, en el grupo constituido por El mismo, Jesús, en los primeros días del Evangelio, aunque el equipo se erigiese tan solo con doce compañeros, no faltaron problemas y desarmonías, negaciones y deserciones.

Reflexionemos en eso y, aceptando nuestras responsabilidades de trabajar y servir, estaremos con el Divino Maestro, en las pruebas y aflicciones del frente, siguiendo hacia adelante.

VERBO Y VIDA

En materia de auxilio a los semejantes, urge no olvidar la función poderosa del verbo.

Las palabras benefactoras son las bases fundamentales de la beneficencia, siempre que estemos despiertos para la edificación del Reino de Amor.

Cuando la sequedad nos asalte el ambiente, a través de compañeros que se muestren desgastados en pruebas constantes, las expresiones de reconfortamiento pueden ser el bálsamo espiritual con que se lubriquen los engranajes de lo cotidiano. Ante las contiendas y discusiones que susciten alejamiento e incompatibilidad, funcionan como agentes de paz, estableciendo seguridad y entendimiento. Si la incomprensión desequilibra el trabajo en curso, son puertas abiertas para la armonía y el reajuste.

Junto de los que cayeran al margen de la senda, constituyen pertrechos de socorro, volviéndolos hacia la vida. Al lado de los hermanos en evidente error, sirven como factores de ponderación y reequilibrio, sin cualquier recurso a la violencia. Delante de las circunstancias graves, recuerdan a bisturís conducidos por manos hábiles en la supresión de problemas que nos agravarían las luchas de la existencia. Delante de los incendios de la cólera o del amargor, de la condenación o de la discordia, son fuentes extintoras de la perturbación, trayendo tranquilidad y bendición.

Exactamente con las palabras es que se estructuran las leyes en que se educan y se orientan las criaturas en la Tierra, tanto como en la Tierra se inscriben las revelaciones de los Cielos para el perfeccionamiento y elevación de los hombres.

Verificase, de ese modo, lo que hacer con las propias palabras. Por ellas y con ellas, es que operas en ti y por ti mismo, en tu favor o en tu perjuicio, la paz o la discordia, el bien o el mal, la sombra o la luz.

PACIENCIA SIEMPRE

Habitualmente, paciencia es un artículo que aspiramos adquirir de exportación ajena, en la tienda de la vida.

Para pesquisar, entretanto, la existencia de ese talento en nosotros, urge observar nuestras reacciones en lo cotidiano. Para eso, no es la manifestación poco deseable del prójimo que nos favorecerá el estudio y sí el propio comportamiento analizado por nosotros mismos.

El jefe que se desmandó en gritería habla encontrado motivos para actuar así, en vista de las aflictivas cuestiones que le incendian el pensamiento.

El subordinado que se adhirió a la rebeldía, entró, posiblemente, en perturbación, inducido por las constreñidoras necesidades materiales que le corroen el mundo íntimo.

El amigo que se aborreció indebidamente con nosotros seguramente abrazó semejante procedimiento, impulsado por lamentables equívocos.

El adversario que se hizo más ácido, lanzándonos pesadas injurias, habrá descendido a crisis mortales de odio, reclamando, por eso, más amplia dosis de compasión.

El compañero que nos golpea mentalmente con el látigo de la cólera yace, sin duda, amenazado de colapso nervioso, exigiendo el socorro del silencio y de la oración, a fin de no caer en molestia más grave.

El hermano que abrazó aventuras poco felices, probablemente habrá resbalado en la sombra de peligrosa acción obsesiva, cuyos entretelones de sombra no somos aún capaces de percibir.

Paciencia es tesoro que acumulamos, migaja a migaja, de amor y entendimiento, ante los demás; para conquistarlo, no obstante, es forzoso que sepamos justificar con sinceridad la irritación y la hostilidad, siempre que surjan en aquellos que nos rodean.

En síntesis, si deseamos nuestra propia integración con las enseñanzas de Cristo, es imperioso comprender que todos los hermanos desgastados en la fatiga o desfallecientes en la prueba, aún inconscientes en cuanto a sus propias responsabilidades, tienen tal vez razón de perder el propio equilibrio, menos nosotros.

PERMUTA INCESANTE

Aunque no siempre se reconozca esto, de manera consciente, en el mundo, estamos constantemente cambiando valores que la existencia nos confiere por elementos que nos ayudan o nos estorban, enriqueciendo la vida o empobreciéndola por nuestra cuenta.

Poder, fortuna, inteligencia, cultura o habilidad son recursos que la Divina Providencia nos sitúa en las manos.

Todo lo que la Tierra posee, en materia de bien o mal, luz o tiniebla es resultado de la permuta efectuada por los hombres, en el curso del tiempo, en la utilización de los medios que Dios les confía.

En virtud de eso, tenemos en el plano físico, los negocios materiales cimentados en el mercado terrestre y negocios del alma envolviendo intereses del espíritu eterno.

Una casa, en la esencia, es fruto de una transición. Aquellos que la levantaron dieron trabajo y sudor al tiempo y el tiempo les retribuyó con la esperada realización.

Un plan concretado es la justa ecuación de un convenio perfecto.

La criatura insiste con sus propios anhelos, junto a las Leyes del Universo, y las Leyes del Universo le atienden los deseos, dándole forma a los pensamientos.

Observa lo que haces de ti, en que te cambias. Aunque no lo reconozcamos, de pronto, cada uno de nosotros se da por aquello que busca.

Basta que razones sobre la responsabilidad de vivir y percibirás que tu propia existencia es un ajuste incesante entre las escogencias que eliges y los agentes imponderables de la naturaleza que responden a las decisiones. Por eso mismo, estamos hoy en aquello en que nos dimos ayer y, en aquello en que nos cambiamos hoy, estaremos fatalmente mañana.

FE Y CORAJE

Proclamar las propias convicciones, principalmente, delante de las criaturas que se nos hagan adversas, es coraje de la fe, no obstante, semejante afirmación de valor no se restringe a eso.

El asunto presenta otra faz no menos importante: el coraje de la tolerancia por el cual vengamos a aceptar a los demás como los demás son sin negarles auxilio.

Cuñar puntos de vista y transmitirlos claramente es señal de espontaneidad y franqueza, marcando alma noble.

Comprender amigos y adversarios, simpatizantes o indiferentes del camino, extendiéndoles paz y fraternidad, es característico de paciencia y bondad, indicando alma heroica.

Demuestra la propia fe, delante de todos aquellos que te comparten el camino, pero no dejes de amarlos y servirlos, cuando se patentan distantes de los principios que te nortean. Reportámonos a eso, porque, junto de los compañeros leales surgirán siempre los compañeros difíciles.

Ese de quien esperabas testimonios de amor y valentía, en las horas graves, fue el primero que te dejó a solas, en los momentos de crisis; aquel, en cuyo corazón plantaste sinceridad y confianza te lanzó al ridículo, cuando la mayoría cambió, transitoriamente, de opinión; aquel otro a quien diste máximo aprecio te retribuyó con sarcasmo; y aquel otro, aún, es el que te creó problemas e inquietudes, después de haberle dado apoyo y vida.

Todos ellos, sin embargo, se nos yerguen en la escuela del mundo por test de persistencia en el bien.

El coraje de la fe, comenzará siempre a través de la vehemencia con que expongamos las propias ideas, delante de la verdad, entretanto, sólo se realizará en nosotros y por nosotros, cuando tuviéramos el necesario coraje para comprender a todos los hombres, — aunque sean nuestros más implacables perseguidores, — como nuestros hermanos e hijos de Dios.

NUESTRA PARCELA

Tal vez no lo percibas. Entretanto, cada día, acrecientas algo de ti al campo de la vida.

Las áreas de los deberes que asumiste son aquellas en las que dejas tu marca, obligatoriamente, pero posees otras regiones de trabajo y de tiempo, en las cuales el Señor te permite actuar libremente, de modo a impregnarlas con las señales de tu paso.

Examina por ti mismo las situaciones con las que te enfrentas, hora a hora.

Por todos los flancos, solicitudes y exigencias.

Tareas, compromisos, contactos, reportajes, acontecimientos, informaciones, rumores.

Quieras o no quieras, tu parcela de influencia cuenta en la suma general de las decisiones y realizaciones de la comunidad, porque en materia de manifestación, hasta tu silencio mismo vale.

No nos referimos a eso para que te yergas, cada mañana, en posición de alarma.

Anotamos el asunto para que las circunstancias, sean ellas cuales fueren, nos encuentren con el alma abierta al patrocinio y a la expansión del bien.

Acostumbrémonos a servir y a bendecir sin esfuerzo, tanto como nos apropiamos del aire, respirando mecánicamente. Comprender por hábito y auxiliar a los demás sin idea de sacrificio.

Aprendemos y enseñamos caridad en todos los temas de la necesidad humana. Hagamos de ella el pan espiritual de la vida.

Creemos o no, todo lo que sintamos, pensemos, digamos o realizamos nos define la contribución diaria en el montante de fuerzas y posibilidades felices o menos felices de la existencia.

Meditemos en eso.

Reflexionemos en la parcela de influencia y de acción que imponemos a la vida, en la persona de los semejantes, porque de todo lo que diéramos a la vida, la vida también nos traerá.

CENTAVOS DE LUZ

De lo que podemos donar vamos adquiriendo conocimientos siempre más amplios, no obstante, muchas materias existen aún en la escuela de la vida, que necesitamos aprender, a fin de donar algo de nosotros mismos con eficiencia y seguridad.

Reportándonos a los centavos de la viuda pobre, en la enseñanza de Jesús, recordemos algunas de esas cuestiones de las más simples.

Con referencia a la vida terrestre, ya mantenemos fácilmente la comunicación inmediata entre los pueblos, pero necesitamos, de manera general, adiestrarnos en la tolerancia y comprensión para que sustentemos relaciones edificantes con nuestros propios vecinos.

Ya sabemos elegir, sin ningún obstáculo, manoseando el diccionario, la expresión correcta, en los dominios de la palabra, todavía, muy difícilmente, descubrimos la actitud exacta a fin de registrar con caridad los asuntos de orden complejo que transitan por nuestros oídos.

Acatamos automáticamente las ideas de las criaturas queridas, entretanto, pocos de nosotros entendemos la necesidad de respetar los conceptos de aquellos que no tienen afinidad con nosotros, olvidándonos de que con nuestros amigos y con nuestros probables desafectos, somos todos hijos de Dios.

Aceptamos sin mayores problemas los planes de apoyo a nuestros hermanos en extrema penuria, ya que eso prácticamente nos evidencia la superioridad económica, entretanto, sin desvalorizar de modo alguno cualquier empresa de caridad, es indispensable mucho desprendimiento de nuestra parte, para que nos regocijemos con la felicidad de los demás, sin la mínima punta de envidia a acribillarnos el espíritu.

Estamos atentos en el cielo por los intereses de los entes amados, cuando nos lisonjean con la presencia personal, recomfortándonos las energías pero no siempre nos disponemos a entregarlos a los cuidados de Dios, si no nos admiten más la compañía, ocasión esa en que, muchas veces, pasamos a interpretarlos por exponentes de la ingratitud.

Sepamos adquirir los grandes valores de la cultura espiritual, pero aprendamos a atesorar las lecciones supuestamente pequeñas de la vida para que nuestro amor no se haga a la manera de miel sazonado en veneno.

El avión y el automóvil son maravillas técnicas de la moderna civilización, entretanto, a veces, en la eficiencia de semejantes prodigios, la seguridad de un simple tornillo es la fuerza que cuenta.

RESCATE Y RENOVACIÓN

La reencarnación no sería caminata redentora si ya hubieses atendido a todas las exigencias del perfeccionamiento espiritual. Mientras en la escuela, somos llamados al ejercicio de las lecciones.

Ante la Ley del Renacimiento, sorprenderás en el mundo dificultades y luchas, espinas y tentaciones.

Reencontrarás afectos que la unión de milenios tornó inolvidables, pero igualmente convivirán contigo viejos adversarios, no más armados por los instrumentos del odio abierto, y sí trajeados en otro ropaje físico, debidamente acogidos a tu convivencia dificultándote los pasos, a través de la aversión oculta.

Sabrás lo que sea tranquilidad por fuera y angustia por dentro. Disfrutarás la amenidad del clima social que te envuelve con los más elevados testimonios de aprecio y respirarás, muchas veces, en el ambiente convulsionado de pruebas entre las paredes cerradas del reducto doméstico. Entenderás, sin embargo, que somos traídos a vivir, unos al frente de los otros, para aprender a amarnos recíprocamente como hijos de Dios.

Percibirás, poco a poco, según los principios de causa y efecto, que las manos que te apedrean son aquellas mismas que enseñaste a herir al prójimo, en otras eras cuando la claridad de la verdad no te había iluminado el discernimiento y reconocerás en los labios que te envenenan con apuntes calumniosos aquellos mismos que adiestraste en la injusticia, entre las sendas del pasado, a fin de auxiliarte en la alabanza a la condenación.

Yérguete hoy sobre la estimación de los corazones con los cuales te armonizaste, por el deber noblemente cumplido, entretanto, sufres el retorno de las crueldades que te caracterizaban en otras épocas por intermedio de las celadas e injurias que te ofenden el corazón.

Considera, sin embargo, la apelación a que somos convocados día por día y disuelve en la fuente viva de la compasión la hiel de la revuelta y las nubes del mal. Acepta en la escuela de la reencarnación el camino de acceso a tu propio ajuste con la vida, amando, entendiendo y sirviendo siempre.

Si alguien te comprende, ama y bendice. Si alguien te injuria, bendice y ama aún.

Sea cual sea el problema, nunca le conferirás solución justa si no te dispusieres a amar y bendecir. Donde estuvieres, ama y bendice sin restricciones ante la conciencia tranquila y conquistarás sin demora el dominio del bien que vence todo mal.

REALIDAD Y NOSOTROS

Aspiras a la unión con Jesús y, consecuentemente, a la victoria de la paz en ti mismo.

Para conseguir semejante realización, será preciso, sin embargo, penetrar más profundamente en el significado de las palabras de Cristo: "y aquel que quisiere venir en mis pasos, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame".

A fin de que los lazos inferiores de la personalidad sean desatados de modo que emprendamos la marcha en la dirección del Señor es necesario, entretanto, desarraigarlos de nuestra realidad y no de la realidad de los demás.

Por eso mismo, si nos proponemos renovarnos, es imperioso dejar que los demás libremente se renueven.

¿No tuviste el padre que deseabas y ni a la progenitora que esperabas? Ámalos, tal cual se revelan y bendícelos por el bien que te hicieran, trayéndote a la escuela humana.

¿No hallaste el esposo o la esposa, en la altura de tus ideales? Acepta el compañero o a la compañera que la vida te dio, ejerciendo la tolerancia y el amor, observando que todos somos aún espíritus incompletos, en el taller de la evolución.

¿No posees en los hijos los seres afines con que soñabas? Acógelos como son y dales la mejor ternura de tu propia alma, en la certeza de que también ellos están camino de la perfección que para todos nosotros aún viene muy lejos.

¿No ves en los hermanos y en los amigos los genios de bondad y abnegación que suponías? Abrázalos, como se muestran, y ofréceles el apoyo fraternal que se te haga posible, sin prenderles a puntos de vista.

Cada criatura vive en la realidad que le es característica. En todas partes, cada uno de nosotros en su lucha, en su dificultad, en su prueba, en su problema.

Mientras nos ponemos a censurar, no conseguimos entender. Mientras exigimos, no aprendemos a auxiliar.

Dejemos a cada compañero o compañera del camino, en la realidad que les toca y, amando y bendiciendo a todos, atendamos a la realidad que nos respecta, reconociendo que no nos hallamos en la escuela de la experiencia para dar las lecciones ajenas y sí para dar cuenta de otras lecciones que, por las aulas del día a día, la propia vida nos confiere.

LIBERTAD AJENA

Siempre que ejercemos influencia sobre alguien que convive con nosotros en los caminos de la madurez, sea en la condición de padres o mentores, familiares o amigos, es muy fácil traspasar los límites de la convivencia trabando en aquellos que más amamos los movimientos con que se dirigen hacia la libertad.

Practiquemos, sí, la beneficencia de la educación procurando orientar, instruir y corregir amando siempre, pero sin violentar y sin imponer.

Acostumbramos a proveer todo el beneficio de los entes queridos en cuanto al aprovisionamiento de recursos naturales, olvidándonos, sin embargo, muchas veces, de darles la oportunidad de ser como deben ser.

En ese sentido, examinemos el propio espíritu y verificaremos cuánto estimamos la facultad de ser nosotros mismos, de abrazar las creencias que se nos muestren más de acuerdo con la capacidad de discernir, de ser respetados en las decisiones que asumimos, de buscar el tipo de felicidad que se armonice con la paz del espíritu, de escoger los amigos que nos parezcan más dignos de atención o de afecto. Aun cuando nos engañemos, sepamos aprovechar la lección para subir en la escala de nuestra adaptación a la realidad, debitándonos los errores y fracasos, sin razón para quejarnos de los demás.

Midamos la necesidad de emancipación en el prójimo por nuestro propio anhelo de independencia, y siempre que nos caiga, bajo los ojos, cualquier estudio en torno de la indulgencia recordemos la dádiva preciosa que todos los compañeros de experiencia esperan de nosotros en aflictivo silencio; el permiso de reflexionar de su propio perfeccionamiento en la escuela permanente de la vida, tan auténticos y tan libres como Dios los hizo.

EN EL BALANCE DE LAS PRUEBAS

Casi siempre echamos la culpa de nuestros fracasos y aflicciones sobre los demás, entretanto, tengamos cautela contra semejante actitud.

Fijémonos, al revés de eso, en nuestras infinitas posibilidades de acción y renovación.

Probablemente, en nuestras flaquezas habremos sido alguna vez enfrentados por la tentación de acusar amigos o adversarios, respecto a los acontecimientos desagradables que nos ocurren, no obstante, basta investigar el íntimo para que reconozcamos que nuestras fallas y errores pertenecen a las opiniones y decisiones que formamos por nosotros mismos. Todos estamos engranados unos con los otros a través de vastas cadenas de relaciones y reacciones, en el intercambio espiritual, y las experiencias que nos son necesarias transcurren de nuestra vinculación con el prójimo.

Urge, entretanto, reconocer que, sea enderezando sugerencias a alguien o recogiendo las sugerencias de alguien, responderemos por nuestras resoluciones. En la oferta o en la aceptación de ideas y emociones, formulamos compromisos, porque los principios de causa y efecto funcionan igualmente en los dominios de la palabra empeñada.

Abstengámonos de lanzar culpas y reprobaciones en los hombros ajenos, cuando se hace imperiosa nuestra cuota personal de débitos en la cuenta de los obstáculos y dificultades que nos pueblan la vida.

Cada cual de nosotros se rodea inevitablemente por los resultados de las propias obras.

Verifiquemos nuestra parte de responsabilidad en las atribuciones del camino y, abrazando con resignación y serenidad las consecuencias de nuestros gestos poco felices, rehagamos escogencias y directrices sin necesidad de señalar las posibles faltas ajenas.

Pacifiquemos y perfeccionemos nuestra área de acción y estemos convencidos de que si diéramos lo mejor de nosotros realizando lo mejor que se nos haga accesible al esfuerzo individual, en el campo de la vida, el Señor nos complementará el trabajo, haciendo el resto.

RELIGIÓN Y NOSOTROS

Religión en tesis, es la presencia del Creador en la criatura, guiando la criatura en el rumbo de la perfección.

Comprendiendo así, reconocemos que todos los asuntos de la administración humana son temas de las leyes humanas, que a todos nos compete respetar y prestigiar.

Entretanto, en el mundo de nosotros mismos, es justo contar con la religión para que nos resuelva los problemas de la vida íntima.

Y, si la religión no nos ayuda a conducir actitudes y sentimientos...

Si no nos ampara en las horas de crisis o de tentación, enseñándonos a observar y razonar...

Si no nos suprime los conflictos de origen sexual, esclareciéndonos que la comunión afectiva se relaciona con la responsabilidad de los partícipes que la comparten, basándose en la lealtad a los compromisos asumidos y en las decisiones de la conciencia de cada uno...

Si no nos propicia entendimiento y resignación delante del dolor, demostrándonos con los principios de causa y efecto que nunca heriremos a alguien sin herirnos a nosotros mismos...

Si no nos inmuniza contra la revuelta ante las aparentes desigualdades sociales, induciéndonos a aceptar la justicia de Dios que imana de las menores ocurrencias de la vida...

Si no nos demuestra que nuestra renovación para lo mejor puede acontecer en cualquier lugar y en cualquier tiempo, dependiendo todo de nuestra propia voluntad...

Si no nos favorece con la visión nueva de la vida, hacia más allá del plano físico, arrancándonos al desespero y sustentándonos la paz y la conformidad, en los días grises de adiós a los seres queridos, ante la separación temporaria al frente del túmulo...

Entonces, la religión habrá fracasado, pero urge reconocer que no fracasó y no fracasará, en su elevada misión de tutora maternal de las criaturas terrestres, consolándolas y redimiéndolas, en las múltiples fases de trabajo en que se especifica; y, por testimonio de lo que afirmamos, tenemos actualmente la Doctrina Espírita, entre los hombres, restaurando el Cristianismo y explicando las leyes que rigen el ser y el destino, la vida y la muerte, el sufrimiento y la evolución, en todas las frentes de la Humanidad.

LA LLAVE BENDITA

Efectivamente, muchos son los problemas que nos asedian la existencia. Dificultades que no se esperan, tribulaciones que nos golpean mentalmente de imprevisto, sufrimientos que se instalan con nosotros sin que les podamos calcular la duración, desajustes que valen por dolorosos constreñimientos.

Si aspiraras a obtener la solución adecuada a las pruebas que te hieran, no te guíes por la ruta del desespero.

Tienes contigo una llave bendita, la llave de la humildad, acuñada en el metal puro de la paciencia.

Ante cualquier tropiezo de la senda, usa semejante talento del espíritu y hallarás para luego la ecuación de armonía y seguridad a que pretendes llegar.

Nada perderás, dejando que hable alguien con más autoridad de aquella que talvez dispongas; nunca te disminuirás por desistir de una contienda innecesaria; en cosa alguna te perjudicarás abrazando el silencio de conceptos deprimentes que te sean lanzados; no sufrirás perjuicio callándote en esa o aquella cuestión que sea al respecto exclusivamente a tu conveniencia e interés personal; grandes lucros en el campo íntimo vendrán de la serenidad o de la complacencia con que aceptes desprestigio o preterición; jamás te arrepentirás de bendecir en vez de reclamar, aunque sea en ocurrencias que te amarguen las horas; y la simpatía vibrará siempre en tu favor, cada vez que cedas de ti mismo, a beneficio de los demás.

Efectuemos las inversiones valiosas de paz y felicidad, susceptibles de ser capitalizadas por nosotros a través de los pequeños gestos de tolerancia y bondad y el programa de trabajo que la vida nos indique ganará absoluta eficiencia de ejecución.

Sea en la vida particular o puertas a dentro de casa, en el grupo de servicio a que te vinculas o en la gran esfera social en que transcurre tu existencia, siempre que te veas a la vera de resentimiento o represalia, rebeldía o desánimo, nunca te entregues a la irritación.

Intenta la humildad.

TROPIEZOS Y DISGUSTOS

Beneficencia raramente observada: ahorrar a los demás la participación en los tropiezos o disgustos que nos afecten la vida.

Piensa en la inquietud que experimentas cuando familiares y amigos te comunican un problema personal, que no consiguen resolver, y, tanto como puedas, procura disipar, por ti mismo, las nubes de aflicción que, talvez, te ensombrezca el campo íntimo. Para eso, entrégate a las tareas nuevas, cuya ejecución se te haga compatible con las propias fuerzas en las cuales te reconozcas útil a los demás.

Si no puedes efectuar, de inmediato, semejante esfuerzo, desplázate, poco a poco, del mundo mental poco ajustado al encuentro de actividades diferentes de las obligaciones rutinarias, susceptibles de propiciarte rehacimiento o renovación.

La lectura de un libro edificante...

Una visita constructiva...

El paso en la dirección de aquellos que atraviesan dificultades mayores, buscando auxiliarlos...

El aprendizaje de técnicas que enriquezcan la personalidad...

Todo lo que debes olvidar, como aquello que te compete recordar, es de suma importancia, no solamente en socorro de la restauración propia, como también en el apoyo a esa beneficencia genuina, en que tu silencio es valioso factor de inmunización de la paz, en aquellos que te rodean, principalmente en aquellos a quien más amas.

Si la criatura a quien te confías en el capítulo de la perturbación o de la enfermedad no dispone de recursos suficientes para mejorarte la situación, la queja en la que te exteriorizas es tan sólo un proceso de amargar a los seres amados o un medio de expulsarlos de tu convivencia.

Guarda tu sufrimiento y muéstralo únicamente a aquellos amigos que te puedan medicar con seguridad, para que no destruyas el apoyo y la colaboración de aquellos sobre los cuales te sustentas.

Basta que lo desees y la vida te revelará múltiples caminos de reajuste y liberación.

Sal de ti mismo, cargando tu dolor, al encuentro de los dolores mayores que nos rodean, en todas las direcciones a fin de aminorarlos y regresarás, cada día, a ti mismo, trayendo una partícula nueva y adicional de comprensión, - de la bendita comprensión de que todos somos hermanos, bajo la paternidad de Dios, - con deber claro y simple de auxiliarnos unos a otros, la fórmula más alta de asegurarnos el equilibrio constante o el reequilibrio integral.

ELLOS, LOS OTROS

Ellos llegan de todas las direcciones, en la moldura de los acontecimientos.

Son ellos los otros, nuestros hermanos de camino, que se transforman en camino hacia lo Más Alto.

Es por ellos, que la Bondad del Señor nos encuentra, habilitándonos para eso.

En el mundo, repuntan en el hogar por parientes y asociados en el vínculo doméstico que se nos hacen profesores de perfeccionamiento espiritual.

Son amigos que nos ayudan a ejecutar los encargos que la vida nos atribuye o son adversarios y nos radiografían los recesos del alma, fijándonos los mínimos defectos a fin de que vengamos a corregirlos.

Aparecen en la posición de necesitados, probándonos el amor y el desprendimiento de la posesión, o benefactores que nos extienden el corazón y los brazos en forma de auxilio, afirmándonos sin palabras que jamás nos hallamos olvidados de Dios.

Es a través de ellos, los otros, que efectivamente somos nosotros en nosotros.

Los que brillan en la vanguardia están aptos a instruirnos y los que se nos sitúan a la retaguardia son aquellos que nos evalúan las posibilidades de auxiliar.

Los más felices son aquellos que ya trabajan, de algún modo, en favor de muchos o a beneficio de alguien y, por ese motivo, son los que construyen.

Los menos felices son aquellos otros que aún no consiguen aceptar el valor del trabajo y la felicidad de servir y, por esto, son aquellos que esperan.

Todos, sin embargo, somos hijos de la Sabiduría Divina necesitados unos de los otros.

Observemos nuestra conducta, delante del prójimo, porque, en verdad, los otros nos miden la altura espiritual, en el día a día, trayéndonos, según nuestras propias necesidades, la enseñanza de la justicia y el socorro de la bondad que se derrama de las Leyes de la Vida. Y la vida es siempre una escuela para todos, pero urge considerar que son los otros que nos trazan la nota al progreso y al merecimiento de cada uno, en el programa de las lecciones.

TRABAJA Y ESPERA

Nunca te supongas, a solas, sirviendo en la mies del bien.

Los Mensajeros del Señor están siempre bendiciendo, secundando, apoyando y contemplándote el trabajo. Y no precisan trompetas para anunciarse y no requieren dispositivos de alarma para entregarte el amparo de que se hacen portadores.

En silencio, saben escoger oportunidades, procesos, maneras y personas para eso.

Observa.

Te acercabas a la extenuación, en el capítulo de las disponibilidades materiales para el sustento de las buenas obras, entretanto, en el ápice de la necesidad, alguien apareció extendiéndote el concurso preciso.

Impedimentos domésticos pasaran a obstarte la cooperación en el auxilio a los semejantes, entretanto, cuando todo se te figuraba dificultad insoluble, algo sucedió quebrando las amarras y aclarándote el camino.

Enfermedades te amenazaban con la paralización de las posibilidades de servir y hasta incluso con la desencarnación, con todo, en el instante más grave del mecanismo de las circunstancias repuntaran el remedio providencial y la medida justa de que carecías para continuar en acción.

Pruebas del círculo íntimo te impusieron gran sobrecarga de tareas, induciéndote a la inquietud y al sacrificio, no obstante, cuando la situación te parecía insustentable, surgieron providencias, de inesperado, en tu auxilio.

Problemas diversos te afligían el alma, amenazándote con la ruptura de tus nobles realizaciones en curso, pero cuando tus mejores esperanzas se presentaban como claramente frustradas, acontecimientos imprevistos liquidaron con ellos y el camino se te aclaró nuevamente.

Confía en los Mensajeros del Señor, cuyo amparo nunca falla.

No obstante, sea cual sea el obstáculo, no te des a la rebeldía o lamentación y sí continúa trabajando y ofreciendo a la vida lo mejor que puedas hacer.

Los Mensajeros del Señor están junto de nosotros y por nosotros y jamás nos abandonan. Aun así, incluso cuando el auxilio de que carezcas se te figure tardar, continúa fiel al deber de servir, porque el barullo de la queja o la gritería de la revuelta pueden tal vez dificultar el socorro que viene llegando.

En la senda de la felicidad

Hablas comúnmente de la felicidad, como si te refirieses a la deidad remota, cuando ese filón de alegría se localiza ante tus pies.

Felicidad, sin embargo, no es conquista fácil, prodigio de herencia, episodio social o ráfaga de la fortuna.

Somos convidados por la vida a crearla en nosotros y por nosotros, como sucede con todas nuestras adquisiciones humanas.

Plantas el maizal y el maizal te responde al cariño con el tesoro de la cosecha.

Instalas la usina, junto de fuerzas determinadas de la naturaleza, y esa fuerza de la naturaleza te retribuye con vigorosas reservas de fuerzas.

En el mismo sentido, la felicidad lanza las propias simientes en el camino de todos, especialmente entre aquellos que yacen atormentados por desengaños y lágrimas y, al poco tiempo, ella que te ofrece mieses valiosas de esperanza y ventura, tranquilidad y cooperación.

Aquí, el prójimo en penuria te solicita sencilla porción de reconfortamiento; allí se te pide ligero auxilio a favor de madres y niños desamparados; más allá, hermanos enfermos desvalidos esperan de ti algunos minutos de atención y bondad, evaluados por ellos a la cuenta de apoyo celeste; adelante, las víctimas de las inquisiciones sociales mendigan tu simpatía y comprensión, en una mirada de ternura; más adelante, los caídos en el vicio y delincuencia te suplican apenas una palabra de coraje y de paz que les dulcifique el corazón; y, por todas partes, amigos y adversarios, muchas veces, aguardan de ti sólo una frase de entendimiento y generosidad, fe y bendición, que los auxilie a caminar.

Abre tu propia alma a la influencia de Cristo que jamás se negó a crear el bien en los demás y para los demás y, un día, escucharás de espíritu jubiloso, al despedirte de nuestros hermanos de la Tierra:

— " ¡Bendito seas, corazón amigo! El mundo quedó mejor y más feliz porque viviste!".

SOCORRO Y SOLUCIÓN

¡Aflicciones, crisis, pruebas, tentaciones!...

¡Cuántas veces habrás procurado ansiosamente el primero y seguro paso para salir de ellas!

Entretanto, una palanca mental existe, capaz de levantarte de cualquier postración, desde que dispongas a manejarla. Ante todo, sin embargo, es forzoso te libres de cualquier pensamiento de derrotismo e inconformidad.

No importa hayas atravesado penosos desengaños, donde se te concentraban todas las esperanzas...

No importa te veas al margen de los mejores amigos, de espíritu relegado a la incompreensión...

No importa que ciclones de sufrimientos te hayan barrido lo íntimo del alma, arrebatándote temporalmente el incentivo de trabajo y la alegría de vivir...

No importa estés bajo a las consecuencias amargas de errores cometidos...

No importa que la mayoría te menosprecie las opiniones, lanzándote al descrédito...

No importa que la injuria te haya situado en la franja del desencanto...

No importa que altos perjuicios te impongan espinoso recomenzar...

No importa que innúmeras dificultades se acumulen alrededor de tus pasos, impulsándote el corazón a complicados laberintos...

Importa que te levantes en espíritu, que aceptes el impositivo del propio reajuste para el equilibrio perfecto, que te olvides del mal, consagrándote al servicio del bien, y que bendigas todas las circunstancias de la vida...

Hecho eso, por más escabroso sea el problema o más dolorosa la prueba, si accionas la palanca de la fe viva en el Sabio y Amoroso Poder que dirige el Universo, percibirás, de inesperado, que Dios te ofrece socorro y solución.

ANTES DE LA CRISIS

En el ápice de las grandes pruebas, muchas veces, se tumultúan los que anhelan compartir de la prestación de servicio.

Ante un naufragio aparecen los candidatos al concurso de urgencia, lanzando peticiones inconsideradamente o improvisando salvavidas con los inadecuados recursos que encuentran.

Si un incendio devora una casa, comprometiéndole la seguridad, habitualmente henos ligeros en la acción casi siempre descontrolada para que el fuego se extinga.

Felizmente que así es en la exaltación de la solidaridad en las horas difíciles.

Benditos sean los brazos llenos de amor fraternal que se dedican a la elevada misión del bien.

Entretanto, en la culminación de las grandes tribulaciones, nos será lícito meditar en la importancia del auxilio de las horas de paz.

Es imposible que las aguas invasoras de una represa desbarrancada nunca saliesen del lecho, creando dificultades, si alguien hubiese espontáneamente corregido la oscura brecha surgida inicialmente en la construcción.

Ciertos edificios tal vez jamás se precipitasen al suelo, ocasionando perjuicios enormes si alguien hubiese ayudado con humildad a rectificar en la planta que les dio origen, ese o aquel diminuto error de cálculo.

Sabemos que las leyes kármicas son positivas, no obstante, no desconocemos que el amor y la renovación le rehacen los efectos.

Pensemos en eso, a fin de valorizar los donativos de cooperación considerados mínimos.

Pequeña demostración de bondad puede detener el brazo casi delincuente, impidiendo el suplicio de vastos grupos domésticos.

Un gesto de comprensión es capaz de obstar la caída de alguien en la toxicomanía, evitando millares de días amargos para diversas personas.

Algunas horas de diálogo amigo, en muchos casos, apagan la amenaza de suicidio eminente, inmunizando centenas de criaturas contra el pesimismo y desánimo.

Sencilla colaboración monetaria es susceptible de apaciguar a una familia en penuria, frustrando aflictivas pruebas en la fuente.

La gran crisis, en el terreno individual o colectivo, en muchas circunstancias, se define como siendo la gran suma de nuestras pequeñas omisiones en la práctica del bien, generando la condensación del mal.

Justo nos conmovamos, disponiéndonos a suprimirla donde aparezca, entretanto, importa reflexionar en el valor de nuestras pequeñas donaciones de auxilio y comprensión, antes de ella.

MECANISMO DEL AUXILIO

Todos somos hijos de Dios y, en esa condición, de un modo o de otro, necesitamos todos nosotros del Amparo Divino.

Meditando en eso, no tendremos ninguna dificultad para reconocer el imperativo del apoyo mutuo, en todos nuestros procesos de vivencia, ya que no comprendemos en Dios justicia sin bondad y ni bondad sin justicia.

Por esa misma razón, es fácil observar la necesidad del ajustamiento entre socorro y cooperación.

A fin de que el mecanismo del auxilio funcione con seguridad, entre aquel que necesita de amparo y aquel que puede ayudar relativamente, es indispensable que venga a surgir y fijarse el auxilio de aquellos otros que puedan ayudar más aún.

El enfermo no prescinde del tacto y del entendimiento de quien lo asiste, a fin de que el médico disponga de campo adecuado a la actuación curativa.

El niño reclama la vigilancia de padres o tutores que lo protejan para que el profesor, junto a él, encuentre el clima propicio a la obra de la educación.

Y ninguna criatura, integrada en las responsabilidades propias, se recordará de perturbar el trabajo de la recuperación física del mejoramiento cultural, con interferencias inoportunas.

Así ocurre en cuanto al socorro espiritual.

Los amigos que operan en más elevado nivel de evolución están preparados para la prestación de servicio, en favor de los compañeros en período educativo en la Tierra, pero para eso aguardan el concurso de los hermanos madurados en la experiencia que se les erijan como soportes a las buenas obras que les correspondan realizar.

Imposible que los Instructores de Paz consigan tranquilizar el ambiente humano, cuando los que verifican el imperativo de la paz agravan los problemas formados por la discordia.

Impracticable la acción de los Espíritus Benefactor es en la restauración íntima de alguien, cuando aquellos que reconocen a la imposición de semejante reajuste resbalan hacia la condenación.

Si anhelamos la liberación del mal, sepamos colaborar en la extinción del mal.

Si nos proponemos sanar el desequilibrio procuremos rearmonizar.

Amigos del mundo, siempre que busquéis el concurso de aquellos otros amigos que se domicilian en la Vida Mayor, recordad que le sois los puntos de apoyo para que la colaboración de ellos se efectúe.

En cualquier plano del Universo, cada vez que deseemos realmente el bien, es forzoso nos convirtamos en columnas vivas del bien.

SOBREVIVENCIA

Mientras encarnados en el Planeta Terrestre, un tipo de sobrevivencia nos interesa, de sobremanera, más allá de aquel para el cual se nos dirigen los pensamientos para allá de la muerte física: — la sobrevivencia, después de rudos golpes sufridos.

Particularmente, en el mundo moral, semejantes pruebas repuntan con frecuencia.

Es perjuicio inesperado, la confianza escarnecida, la persecución con que no se contaba, la incompreensión de personas queridas.

En otros lances de la existencia, es la ruptura de lazos afectivos, la transformación violenta que los desastres imponen, el obstáculo imprevisto, los pensamientos de soledad.

En todos esos episodios amargos recordando fragmentos incendiados de camino, la criatura es habitualmente inducida a proceso de angustia de los cuales se retira, casi siempre, en peligroso desgaste.

Urge reconocer que la serenidad nos debe compartir el viaje terrenal, a fin de que la aflicción no se nos haga aniquilador de energías.

Abstengámonos de la tensión emocional como quien se previene contra la incursión de molestia grave; los agentes inmunológicos, en ese sentido, son siempre el amor que destierra el odio, la paciencia que excluye la irritación, la humildad que aleja la envidia y la prestación de servicio que anula la desconfianza.

Aprendamos a observar que el desequilibrio es precursor probable de la enfermedad que, muchas veces, termina con la desencarnación prematura y procuremos asegurarnos de que, en las luchas con que somos examinados, en la Tierra y fuera de la Tierra, en la escuela de la experiencia, es necesario sepamos no solamente vivir y perfeccionar, sino también a soportar y sobrevivir.

ABOLICIÓN DEL MAL

Quien se refiere a persecuciones y calumnias, risas y disgustos, en la mayor parte de las circunstancias está destacando la influencia del mal.

¡Cuántos millares de caminos, entretanto, para equilibrio y restauración, alegría y esperanza si todos nos empeñásemos a extinguir impresiones negativas en la fuente!...

Determinado amigo habrá incurrido en error del que lo acusan, todavía si nos alejamos de la censura que lo envuelve, anotándole únicamente las cualidades nobles de hijo de Dios, con posibilidades de recuperación igual a las nuestras, más pronto se verá liberado de la inquietud en la sombra para readquirir la tranquilidad de conciencia.

Cierto acontecimiento poco feliz habrá sido indiscutiblemente un desastre social, no obstante, si nos abstenemos de comentarlo en los aspectos destructivos, habremos cooperado para que se le pulvericen los destrozos morales, sin peores consecuencias.

Aquella injuria urdida contra nosotros efectivamente nos habrá quemado las entrañas del ser, entretanto desaparecerá en las corrientes profundas del tiempo, si nos consagramos a olvidarla, sin comunicarle el fuego devorador a los seres queridos, a través de alegatos poco edificantes.

Esa confidencia amarga nos habrá alcanzado el corazón como estilla invisible, pero no herirá a otros, si nos dispusiéramos a olvidarla.

Reflexionemos en la contribución de la paz a que todos somos llamados y para la cual todos somos capaces con seguridad y eficiencia.

Para comenzar, sin embargo, de manera substancial y definitiva, es preciso que el mal cese de actuar, tan pronto nos alcance, encontrando en cada uno de nosotros una estación terminal de las tinieblas.

AUTO ACEPTACIÓN

En el capítulo de la insatisfacción, urge considerar que disponemos actualmente, en la Tierra, de avanzadas ciencias psicológicas, enseñándonos a conocer las deficiencias e inhibiciones de los demás, entretanto, muy difícilmente reconocemos con ellas el impositivo de estudiarnos, no apenas a fin de entenderlas, sino igualmente con el objetivo de aceptarnos tal cual somos.

Admitimos los desajustes y desequilibrios ajenos, todavía, tratándose de los nuestros, muy frecuentemente caemos en aflicción y rebeldía, aniquilando, tantas veces, valiosas posibilidades de servicio en nuestras manos.

Cada uno de nosotros se coloca en determinado grado de trabajo para atender a los Designios de la Vida Superior, trazados en auxilio de nosotros mismos.

Ese es enfermo aún; otro convalece de larga enfermedad espiritual; aquel carga las consecuencias de antiguo desequilibrio; aquel otro dispone de reducida instrucción; aquel otro aún transporta consigo mismo los resultados graves de inquietantes débitos contraídos.

Todos somos, no obstante, hijos inmortales de Dios y, por los mecanismos de la Divina Providencia, cada cual de nosotros está situado por sí mismo en las condiciones justas, en las cuales vengamos a recibir nuevas oportunidades de trabajo y aprendizaje, reajuste y mejoría, reequilibrio y renovación.

Aun así, si insistimos en no reconocer la realidad que nos es propia, no solamente perderemos tiempo precioso, sino también correremos el riesgo de comprar a la envidia y a los celos, al odio y al desespero sufrimiento y problemas de los que no tenemos la menor necesidad.

Ante las pruebas y tribulaciones que nos rodeen, aceptémonos como somos, a fin de que extraigamos de nosotros con sinceridad el máximo bien de que seamos capaces en la ampliación del bien general, porque la vida es un parque de promociones permanente para quien trabaja y sirve y todo espíritu que se acepta cual es, de modo a hacer de sí lo mejor que puede, para luego ser libre de cualquier sombra, a fin de integrarse en la jornada bendita del perfeccionamiento propio, compartiendo la conquista incesante de luz y más luz.

MISIÓN ESPIRITA

Ruge en la Tierra tormenta renovadora.

El mundo social se asemeja a gran ciudad vacilando en los fundamentos.

El colapso de valores seculares de la civilización, aunque exprese ansiedad por lo que es nuevo, recuerda la destrucción de antiguos muelles, efectuada imprudentemente sin construcciones que lo substituyan.

La licencia desafía el concepto de libertad.

La indisciplina procura nombrarse como siendo revisión de conducta.

Es la tempestad de transición englobando luchas gigantescas y necesarias.

En el choque de las pasiones y de las sombras, la misión espírita ha de ser equilibrio que sane la perturbación y la luz que venza las tinieblas.

Para eso, si traes el corazón alerta en la obra creativa y restauradora recuerda que no se te pide exhibiciones de grandeza en las candilejas de las experiencias.

Sé la frase calmante que disminuye la aflicción o el vaso de agua simple que alivie el tormento de la sed.

Innumerables son las lágrimas, no las aumentes.

Enormes son los males, no los agraves.

Problemas enjambran en todas partes, no los compliques.

Sufrimientos abarrotan caminos, no les alargues la extensión.

Conflictos oscurecen la vida, en todos los sectores, no los extiendas.

Muchas veces, ante las dificultades de los tiempos nuevos, solicitas avisos y rumbo del Plano Superior para el seguro desdoblamiento de los deberes que te corresponde desempeñar.

Y, sin duda, los poderes de la Vida Mayor no te recusarán esclarecimiento y ruta. Entretanto, es justo ponderar que, si esperamos por las Fuerzas Divinas, las Fuerzas Divinas igualmente esperan por nosotros.

Sepamos, consecuentemente, prestigiarlas y acogerlas, en nuestra área de trabajo y de ideal, estimulando la siembra de la paz y fortaleciendo el servicio de elevación.

FIELES SIEMPRE

En el equipo de servicio al prójimo, en que el Señor te situó, aceptarás la nobleza de servir.

Muchos compañeros te hablarán de obediencia, incentivando la desidia y otros muchos se referirán a la prosperidad, apoyando la indolencia.

Escucharás diversas voces, pregonando renovación para apagarse después en desequilibrio o locura y registrarás conmovedores ruegos de parte de muchos que se encaminan hacia la rebeldía o licencia.

A ninguno de ellos censuras.

Te compadecerás no sólo de semejantes víctimas de la ilusión, sino igualmente de los empresarios del mal que entretejen, inadvertidamente, la red de la sombra a que se precipitan nuestros hermanos, para despeñarse, ellos mismos, un día, en el centro de las tinieblas expiatorias.

Atravesando el ventarrón de la discordia o de la violencia, de la incomprensión o de la indisciplina, guiarás el barco de la propia fe, asegurando lealtad al rumbo escogido.

Mantendrás, por eso mismo, la paciencia y la compasión por palancas de apoyo en el trabajo que el mundo te dio a efectuar y usarás la herramienta de acción de que el Señor te equipó, en la mies del bien, amparando y elevando siempre.

De cuando en cuando, surgen los días de tribulación mayor en el grupo de las buenas obras, en cuya armonía y eficiencia debes colaborar.

Ese hermano fue sorprendido por el sufrimiento y se aquietó a la margen del camino, sin coraje para seguir al frente.

Otro soñó con realizaciones fantasiosas y abandonó la construcción en curso, a fin de aprender que el tiempo no confiere autenticidad a las edificaciones que no auxilió a levantar.

Aquel otro prefirió descansar en las islas de imaginario reposo, atrasando el reloj de la propia evolución.

Otro aun admitió que le tarea espiritual le desprestigiaba la dignidad y abandonó el taller, atendiendo al influjo de ambiciones desmedidas de cuyos desencantos en el futuro volverá para el recomienzo en la ciencia del bien.

A todos bendecirás y por todos orarás, consciente de que ninguno de nosotros, hasta ahora, se halla exento de precipitación en los mismos errores.

En medio, sin embargo, de todas las ilusiones y desvaríos, sustentarás el amor al prójimo, como siendo la luz de tu marcha y, leal a la propia conciencia, oirás, a cada paso, la voz del Eterno Amigo repitiéndote en lo íntimo del corazón:

— Y, entre todos aquellos que me siguen o me procuran, el mayor será siempre aquel que se hiciere de todos el fiel servidor.

ERRORES Y FALTAS

Imaginémonos delante de una falta ajena que nos hiera y aborrece. Error que nos humilla y perjudica la tranquilidad.

Probablemente, el delito habrá sido hasta perpetrado contra nosotros mismos.

Vale, sin embargo, concientizar actitudes antes de presentar cualquier reacción.

Si te ves en condiciones de razonar, será justo inquirir de ti mismo si la persona en falla permanece en armonía consigo mismo.

¿Dispondrá del equilibrio que, por acaso, estemos disfrutando para juzgar con el posible acierto en torno de acontecimientos y cosas? ¿Qué antecedentes le dictarán el cambio de conducta? ¿Habrá contado en la existencia con el apoyo afectivo que nos resguarda la seguridad, desde mucho tiempo? ¿Qué recursos de auto-educación recibió para evitar la caída en que se nos hizo objeto de inquietud? ¿Qué fuerzas le pesan en la mente para abrazar comportamiento contrario a nuestra expectativa y confianza?

Si te dispusieras al autoexamen indispensable a la preservación de la conciencia tranquila, sin ningún obstáculo, comprenderás la enseñanza de Cristo que nos pide amor por los enemigos y recomienda se perdone la ofensa setenta veces siete veces, siempre que nos llame a la puerta o nos visite el corazón.

Y no basta únicamente observar la posición anormal en que nuestros compañeros habrán actuado. Razonable reconocer que si vivimos, sentimos, pensamos, hablamos y trabajamos juntos, somos espíritus en la misma franja de evolución, unos más al frente y otros un tanto a la retaguardia del progreso, guardando todos la posibilidad de errar por los obstáculos morales que aún nos caracteriza.

La diferencia entre aquellos que se desvían y aquellos que se conservan en línea recta es que el compañero aún impecable se mantiene de frenos seguros en el carro de la propia vida y el otro, el que erró, perdió temporalmente el control de la dirección.

PACIENCIA Y TRABAJO

Auxilio se basa en la comunicación y toda comunicación, a fin de expresarse, ruega camino. Eso trasparece de los procesos más simples de la vivencia común.

El medicamento, vía de regla, pide vehículo para alcanzar entrañados reductos de la vida orgánica.

Fuentes garantizan ciudades, reclamando redes de canalización.

La fuerza eléctrica para ser palanca de actividad y progreso exige hilos transmisores.

Y hasta el propio pensamiento materializado, en el plano físico, para alcanzar la mente ajena, necesita acomodarse en estructuras verbales.

El amparo del Mundo Superior no huye al sistema.

Paciencia con trabajo es el clima indispensable a la intervención de la Providencia Divina por los medios imprevisibles y múltiples en que la Divina Providencia se manifiesta.

Observa semejante lección por ti mismo.

Ante problemas que aparecen si te pierdes en el desespero sin pausa o si recoges obstáculos cocinándolos indefinidamente en la queja, nada más consigues sino tumultuar la propia experiencia, impidiendo la presencia de la tranquilidad imprescindible al apoyo de la Vida Mayor.

Cuando sufrimientos y pruebas golpeen a la puerta, refúgiate en la paciencia y en el trabajo y verificarás que agentes ocultos colaboran eficientemente contigo en la supresión de cualquier dificultad y sombras.

Recordémonos de esto: sin paciencia con trabajo ninguna obra de elevación se consolida, pero es importante destacar que el trabajo sin la paciencia puede inducir al desequilibrio, tanto como la paciencia sin trabajo puede favorecer la ociosidad.

En todas las circunstancias, sirve y espera siempre sin reclamar y adquirirás la certeza de que, con la paciencia conjugada al trabajo, ofrecerás constantemente lo mejor de ti mismo en alabanza del prójimo para recibir lo mejor de los demás, sin nunca dificultar el concurso de Dios.

Nota de esperanza

En las horas de crisis, reflexionemos en la propia liberación espiritual, a fin de que sigamos, en paz, los caminos de lo cotidiano.

Te Quejaste, a veces, de cansancio y tensión, nerviosismo y desencanto.

La experiencia terrestre, con las mutaciones de que se caracteriza, a través de impactos incesantes, frecuentemente, te martilla el pensamiento o te desorganiza las fuerzas. Aun así, es imperioso te rehagas, disolviendo todas las impresiones negativas en la fuente del entendimiento.

Comienza por no permitirte la mínima excursión en los dominios oscuros del pesimismo o de la intolerancia.

Observa las ocurrencias, por peores que sean, cooperando en tu área de acción tanto como sea posible, a beneficio de todos los que te rodean y acepta las criaturas como son, sin exigir de ellas el figurín espiritual en que tallas tú modo de ser.

La diversidad establece la armonía de la naturaleza.

El clavel y la rosa son flores sin que se confundan.

El Sol y la vela son luces con funciones diferentes.

A la vista de semejantes realidades, en los días de inquietud, no te irrites contra los demás y no hieras a otros, de modo alguno.

Muchas veces la aflicción es el sinónimo de nuestra propia intemperancia mental, al frente de benditas lecciones de la vida.

Haz, de esa forma, en las circunstancias difíciles, lo mejor que pudieres sin el riesgo de perder la paz interior que te asegura el equilibrio.

Sobre todo, sepamos entender para auxiliar.

Si alguien te impone amargura o desilusión, ofrece en cambio simpatía y colaboración en vez de vinagre o reproche.

Si la empresa fracasa, reconsideremos el trabajo de nuevo con más seguridad.

Ayuda y te ayudarán. Da y recibirás.

Garantiza la luz y la luz clareará el camino.

Nada te prenda a la perturbación a fin de que te puedas librar fácilmente de las tinieblas, de modo a avanzar y servir.

Por más oscura que sea la noche, el Sol tornará al amanecer. Y por más complicada o sombría se nos haga la senda de pruebas, es necesario recordar que para transponerla, todos tenemos, invariablemente, en nosotros, la luz inapagable de Dios.

DEBER Y COMPROMISO

Cediste al equilibrio del hogar las mejores fuerzas de la vida y todo indica que tus deberes surgen plenamente cumplidos, delante de la propia casa. Entretanto, mientras la conciencia te duele al pensar en deshacerte de los lazos domésticos, eso significa que tus deudas para con el equipo familiar aún no alcanzaran rescate justo.

Soportaste los peores agravios de parte de determinada persona y todo indica que tus compromisos para con ella se muestran perfectamente saneados.

Pero mientras la conciencia te duele al pensar en alejarte de los aborrecimientos que esa criatura te impone, eso significa que aún le leves excepcional consideración y más amplio cariño.

Toleraste humillaciones e insultos, dificultades e inconvenientes, en la sustentación del cargo que ejerces, de la profesión que abrazas, de la obra a que te dedicas o de la empresa que realizas, y todo indica que tus obligaciones para con ellos se hallan claramente ejecutadas. Con todo, mientras la conciencia te duele al pensar en desligarte de las contrariedades y problemas en que te envuelves, eso significa que tus vinculaciones con semejantes tareas no alcanzaron el fin.

La ley de causa y efecto funciona notadamente dentro de nosotros.

En cualquier duda acerca de tu comportamiento en el bien ante el mal, oye el mensaje de la propia conciencia.

Posiblemente, para muchos de aquellos que te rodean tu humildad y abnegación, paciencia y amor en la desvinculación de las responsabilidades que asumiste ya te habrán otorgado pasaporte en la dirección de otras empresas de libertad y renovación, pero mientras te duela la conciencia al pensar en el alejamiento de sus sacrificios personales, en los sectores de trabajo en que te encuentras, eso significa que tu debito para con ellos aún no terminó.

VOLUNTAD DE DIOS

Cuando nos reportamos a la voluntad de Dios, nos referimos al control de la Sabiduría Perfecta que nos rige los destinos. Y, observando nuestra condición de espíritus eternos, calentados por el Infinito Amor de la Creación, nos será siempre fácil reconocer las determinaciones de Dios, en todos los eventos del camino a nuestro respecto, ya que la Divina Providencia establece para cada uno de nosotros:

salud y no enfermedad;
trabajo y no ocio;
cultura y no ignorancia;
conciliación y no discordia;
paz y no desequilibrio;
tolerancia y no intransigencia;
alegría y no tristeza;
esperanza y no desánimo;
conformidad y no desespero;
perdón y no resentimiento;
éxito y no fracaso;
prudencia y no temeridad;
coraje y no flaqueza;
fe y no miedo destructivo;
humildad y no sujeción;
intercambio y no aislamiento;
disciplina y no desorden;
progreso y no atraso;
amor y no indiferencia;
vida y no muerte.

Si dificultades, sufrimientos, desaciertos y atribulaciones nos agreden el camino, son ellas creaciones nuestras, repercusiones de nuestros propios actos de ahora o del pasado, que precisamos deshacer o vencer, a fin de ajustarnos a la voluntad de Dios, que nos desea únicamente el Bien, la Felicidad y la Elevación en lo Mejor que seamos capaces de recibir de los patrimonios de la vida según las leyes que aseguran la armonía del Universo.

He porque Jesús, exaltando eso, nos enseñó a reafirmar en oración:

— "Padre nuestro, que se haga tu voluntad así en la Tierra como en los Cielos".

ENTRE HERMANOS

Un tipo de beneficencia indispensable al éxito en las tareas de grupo: el entendimiento entre los compañeros.

No nos referimos al entendimiento de superficie, sino a la comprensión de base, a través de la paciencia recíproca, que se presente en la esfera de trabajo, para la superación de todos los obstáculos.

Nos acostumbramos a subestimar las pequeñas exigencias, como sean la supresión de un equívoco, la reformulación de un pedido, una frase calmante en hora difícil, el alejamiento de una queja... Y la mancha de sombra pasa a ovillarse con otras manchas de sombra; a breve espacio, helas transformadas en bola de tinieblas, intoxicando el ánimo del equipo con la obra amenazada de colapso o desequilibrio.

No ignoramos que un tornillo mal puesto en rueda en movimiento compromete la seguridad del auto, que el corto circuito en rincón olvidado es susceptible de incendiar y destruir edificios enteros... Aun así, no saneamos, comúnmente el mal entendido, capaz de convertirse en agente de perturbación o desorden, arrasando largas sumas de servicio, en lo cual se garantiza la paz de la comunidad.

Establecido el descontrol en el mecanismo de nuestras relaciones unos con otros, paremos un minuto de meditación y oración, para observar con serenidad el desajuste en causa o el hiato habido.

Enseguida, aceptemos la más elevada función de la palabra: la de la construcción del bien y sepamos esclarecernos mutuamente, esculpiendo el verbo en tolerancia y fraternidad, a fin de que la marcha eficiente del grupo no se interrumpa.

Certifiquémonos de que mucho corazón del camino espera únicamente un toque de gentileza para abrirse a la alegría y al trabajo, al apaciguamiento y a la renovación, recordando ciertas puertas de noble y sólida estructura que aguantan golpes y embates de violencia, sin alterarse, pero que se abren, de inmediato, bajo la dulce presión de una llave.

ENTENDIMIENTO CON JESÚS

Todos podemos realmente dialogar con Jesús, a través de sus enseñanzas, a fin de que se nos muestren los caminos de la paz y de la iluminación espiritual, desde que nos adaptemos al Señor, sin exigir que él se adapte a nosotros.

Las palabras del vocabulario serán las mismas de la experiencia común, no obstante, el sentido surgirá esencialmente diverso.

Exaltaremos las grandes personalidades de la Tierra, que se caracterizan por el elevado patrón de inteligencia o de virtud...

El Cristo acrecentará que serán ellos efectivamente bienaventurados si fueran humildes de espíritu. Hablaremos acerca de la liberación del mal...

Añadirá el Eterno Benefactor que alcanzaremos eso disculpando y olvidando todas las ofensas que se nos hagan, perdonándolas no siete veces sino setenta veces siete veces.

Nos reportaremos a las luchas y problemas que a todos nos desafían en los caminos del perfeccionamiento y de la evolución...

Responderá Él que sólo en el ejercicio constante de la paciencia es que conquistaremos nuestras propias almas.

Comentaremos la necesidad del poder...

Él nos dirá que dispondremos de semejante recurso, a través de la cruz, o más claramente por la aceptación de nuestros conflictos y obstáculos, edificando con ellos lo mejor a nuestro alcance.

Referirémonos a los que nos persiguen e injurian...

Acentuará el Excelso Amigo que nos compete colaborar en todo reajuste de la armonía y de la seguridad, orando por la tranquilidad y por el progreso de todos ellos.

Solicitaremos tal vez posiciones destacadas en ese o en aquel sector de la vida...

Nos observará Él que el mayor en el Reino de Dios será siempre aquel que se hiciera el servidor de todos.

No alegues desconocer lo que Jesús pretende de ti.

Basta que nos afinemos con los propósitos del Señor, en las lecciones del Evangelio y sabremos indudablemente todo aquello de justo y cierto que nos cabe a cada uno.

LA EXTRAÑA CRISIS

El mundo viene creando soluciones adecuadas para la generalidad de las crisis que lo atormentan.

La carencia de pan, en determinados distritos es suplida, de inmediato, por la superproducción de otras franjas de tierra.

Se corrige la inflación recortando los gastos.

El desempleo desaparece por la improvisación de trabajo.

La epidemia es detenida por la vacuna.

Existe, sin embargo, una crisis extraña - y de las que más aflige a los pueblos — francamente inaccesible a la intervención de los poderes públicos, tanto como a los recursos de la ciencia en las conquistas modernas.

Nos Referimos a la crisis de la intolerancia que, desde el vestigio de amargura, que sugiere el desánimo, la violencia del odio, que impele al crimen, va minando las mejores reservas morales del Planeta, con la destrucción consecuente de muchas de las más bellas empresas humanas.

Para la liquidación del problema que asume tremenda importancia en todas las colectividades terrestres, el remedio no se forma de cualquier ingrediente político y financiero, por ser encontrado tan sólo en la farmacia del alma, expresándose en el perdón puro y simple.

El perdón es el único antibiótico mental susceptible de extinguir las infecciones de resentimiento en el organismo del mundo. Perdón entre dirigentes y dirigidos, sabios e ignorantes, instructores y aprendices, benevolencia entre el pensamiento que gobierna y el brazo que trabaja, entre la jefatura y la subalternidad.

Consúltense en los foros — auténticos hospitales de relaciones humanas — los procesos por demandas, cuestiones salariales, divorcios y desquites basados en la intransigencia doméstica o en la incompatibilidad de sentimientos, reclamaciones, indemnizaciones y reivindicaciones de toda orden, y obsérvese, hacia más allá de los tribunales de justicia, la animosidad entre padres e hijos, las lucha de clases, las huelgas de múltiples procedencias, las quejas de parentela, los duelos de opiniones entre la juventud y la madurez, las divergencias raciales y los conflictos de guerra, y verificaremos que, o nos disculpamos unos a los otros, en la condición de espíritus frágiles y endeudados que aún somos casi todos, o nuestra agresividad acabará expulsando la civilización de los escenarios terrestres.

He aquí porque Jesús, hace casi veinte siglos, nos exhortó que perdonásemos a aquellos que nos ofendan setenta veces siete, o mejor, cuatrocientas noventa veces.

Tan sólo en esa operación aritmética del Señor resolveremos la crisis de la intolerancia, siempre grave en todos los tiempos. Repitamos, no obstante, que la preciosidad del

perdón no se adquiere en los almacenes, porque, en la esencia, el perdón es una luz que irradia, comenzando de nosotros.

PROBLEMA EN SERVICIO

No sólo cuando hermanos muy queridos nos dejan a solas en la Mies de Luz. No solamente cuando se nos retiran de la senda, abrazando otras tareas de las que se creen necesitados, en alabanza de la evolución propia.

Igualmente cuando se nos desligan del pensamiento o de la comunión más íntima, aunque continúen personalmente con nosotros, es preciso comprender y auxiliar, bendiciéndoles el camino.

Frecuentemente, nos unimos a nuestros amigos con tamaño fervor que nuestros ideales y nuestras fuerzas se entrañan con las de ellos, en régimen de cambio incesante, de cuyo circuito extraemos, casi siempre, larga cuota del estímulo que carecemos para trabajar y vivir.

No obstante, por efecto de las tareas y pruebas que traen a la existencia, en muchas ocasiones, se separan psicológicamente de nosotros, para engranarse con otras situaciones y con otras criaturas.

Llegado ese instante, es imperioso ayudarlos con nuestro apoyo y entendimiento.

¿Y de qué modo juzgarlos en proceso de censura si no disponemos de medida para evaluarles las necesidades y conflictos de corazón?

Ese alcanzó la frontera de la resistencia mental y no se armoniza más con el nivel de las tareas que nos señalan las esperanzas.

Otro procuró ventajas que no más nos seducen en la vida.

Aquel escuchó desafíos al cambio que aceptó en pleno uso de la libertad de escoger.

Aquel otro sufrió el impositivo de circunstancias perturbadoras, alejándose del camino de alegrías mutuas, cargando transitoriamente aflictivos padecimientos morales.

Eso, sin embargo, no puede impulsarnos a la deserción del deber que nos corresponde en la Mies del Bien.

La verdad es la verdad y todos nuestros seres queridos, comulgarán con nosotros a la luz de la verdad, sea hoy, mañana o pasado mañana. Y, respecto a permanecer sin ellos por algún tiempo en el taller de las obligaciones que la vida nos dio a realizar, estemos convencidos de que servir a los demás será siempre, en primer lugar, servirnos a nosotros mismos, y de que si fuéramos fieles al trabajo del Bien, que esencialmente pertenece al Señor, en propio Señor, a través de ese mismo trabajo en todo nos guardará y de todos nos proveerá.

SENTIMIENTO, IDEA Y ACCIÓN

Adulterar significa tizar, viciar, mentir...

Y ninguna falta de esa especie es más lamentable que aquella de nuestra deserción delante de las Leyes de Dios.

No podemos olvidar, por eso, que toda negación del bien comienza en nuestro íntimo, transformándose, inmediatamente después, en idea, para exteriorizarse, enseguida, en el campo de acción.

De ese modo, podemos atender a la justa auto crítica, analizando nuestras tendencias ocultas, y rectificando los propios hábitos, comprendiendo que nuestros sentimientos fecundan en nuestro perjuicio, los resultados que nos caracterizan la marcha.

Es así que tenemos la pereza sustentando la ignorancia y la ignorancia nutriendo la miseria...

La malicia generando la crueldad y la crueldad formando el crimen...

La sospecha creando la maledicencia y la maledicencia armando la calumnia...

La disciplina creando el trabajo y el trabajo presidiendo al progreso...

La bondad plasmando la cooperación y la cooperación construyendo la beneficencia...

El amor inspirando la renuncia y la renuncia garantizando la felicidad...

No te olvides, de esa forma, de que en ti mismo se levanta la cárcel de sufrimiento a que te aprisionas o se yergue el nido de bendiciones en que te preparas al frente de glorioso porvenir.

No basta te conviertas en censor de conciencias ajenas para que el reequilibrio del mundo se haga, victorioso.

Es indispensable nuestra propia defensa contra el asalto de las tinieblas, consonante la enseñanza de la Revelación Divina, que recomienda vigilemos el corazón por situarse en él el manantial de las fuerzas de nuestra vida.

Bendecir y comprender

Resentimiento no se constituye tan sólo de amargor que se nos introduce en el espíritu, cuando la incomprensión nos torna intolerantes, al frente de las grandes dificultades de alguien.

Existen igualmente los pequeños contratiempos de lo cotidiano que, sin la precisa defensa de la vigilancia, acaban por transformarnos el corazón en vaso de hiel, a expeler gérmenes de obsesión y desequilibrio, ambientando la enfermedad o favoreciendo la muerte.

Analicemos esas diminutas irregularidades que nos será lícito clasificar como siendo cargas de sombra íntima:

el descontento a la mesa porque la refección no presente el plato ideal;

la impaciencia ante la conducción retardada;

la indisposición contra el clima;

la contrariedad en servicio;

el constreñimiento para disculpar a un amigo;

el mal estar ante un adversario;

la susceptibilidad despierta, oyendo opiniones que se nos muestren desfavorables;

el desagrado en las compras;

el disgusto injustificable en familia, únicamente por el motivo de que ese o aquel pariente no piense por nuestra cabeza;

los cuidados exagerados con obstáculos naturales en la experiencia común;

la prisa y la agitación innecesarias;

el descontrol ante una visita problema;

la exasperación delante de una tarea inesperada;

el desespero contra las pruebas inevitables que la vida nos ofrece a cada uno.

Tanto pesa en la balanza el kilo de plomo en masa, como el kilo de paja en ella depositado, de asta en asta.

Meditemos, en torno de eso, y reconoceremos que el perdón incondicional debe también alcanzar las mínimas circunstancias que se nos hagan adversas.

En síntesis, para que la paz more con nosotros, asegurándonos provecho y alegría, en los caminos del tiempo, es forzoso no sólo trabajar y servir siempre, sino igualmente comprender y bendecir.

PACIENCIA Y VIDA

Estudio necesario la paciencia: observar cada uno de nosotros ante la propia conducta en las relaciones humanas y en el reducto doméstico.

Sabemos comprende habitualmente los asaltos morales de enemigos gratuitos, obligándonos a reflexionar en cuanto a la mejor forma de auxiliarlos para que se renueven constructivamente en sus puntos de vista, y, en muchos casos, murmuramos contra el desagrado de un niño que la enfermedad incomoda.

Aprendamos a soportar con serenidad y entendimiento, perjuicios enormes de parte de amigos, en los cuales depositábamos confianza y cariño, buscando encontrar el modo más seguro de ayudarlos para el rescate preciso y, muchas veces, condenamos ásperamente pequeños gastos naturales de seres queridos, acreedores indiscutibles de nuestro reconocimiento y ternura.

La tolerancia para con superiores y subalternos, colegas y asociados, familiares y amigos íntimos es realmente el recurso de la vida y que se nos erige en metro del perfeccionamiento moral. Eso porque, mientras la beneficencia se muestre siempre sublime y respetable, en todas las manifestaciones y atributos, es siempre mucho más fácil colaborar en campañas públicas en auxilio de la Humanidad o prestigiar personas con las cuales nos estemos ligados por vínculos de compromiso y obligación que tolerar, con calma y comprensión, los contratiempos mínimos y las diminutas humillaciones en el ambiente individual.

Paciencia por eso mismo, en su luminosa autenticidad ha de ser aprendida, sentida, sufrida, ejercitada y consolidada junto de aquellos que nos pueblan las áreas del día a día, si quisiéramos esculpirla por realización imperecedera en el mundo de la propia alma.

Prediquemos y enseñemos cuanto nos sea posible los méritos de la paciencia, no obstante, examinemos las propias reacciones de la experiencia íntima al frente de cuantos nos acompañan a la lucha cotidiana, en la condición de socios de la parentela y del trabajo, del ideal y de las tareas de cada día y, preguntemos con sinceridad, a nosotros mismos, si estamos usando de paciencia para con ellos y para con todos los demás compañeros de la Humanidad, así como estamos incesantemente tolerados y amparados por la paciencia de Dios.

SUGERENCIAS DE LA PARÁBOLA

Habitualmente recurrimos a la parábola del buen samaritano tan sólo para exaltar la generosidad de aquel viajero de alma noble, al frente del hermano menos feliz; forzoso, entretanto, destacar la expectativa humana con las reflexiones que el compañero caído en el infortunio articulaba seguramente.

¡Con que ansiedad aguardaría al socorro preciso!...

Habiendo visto el sacerdote y el levita que pasaron de largo, posiblemente preguntó a sí mismo de que le valdría la cultura y la preparación espiritual de ellos, si los abandonaban al propio desvarío; y, observando al samaritano que se aproximaba, no le preguntó quién era, lo que era, lo que sabía, lo que lo detenía o para donde se encaminaba... Con los ojos le suplicó amparo y, en el silencio del corazón, le agradeció la bendición de los brazos extendidos.

La narración de Jesús habla de dos hombres evidentemente calificados para la prestación de servicio, que se dieran prisa en alejarse, en el resguardo de las propias conveniencias, y menciona otro completamente desconocido, que se consagró al ministerio de la solidaridad; con eso el Divino Maestro nos convoca a todos para las tareas del auxilio mutuo.

Muchas veces, ante los accidentados y espoliados del cuerpo o del alma, formulamos escapatorias, con la intención de sustraer los tributos naturales de la fraternidad. En varias ocasiones, instados al socorro por aquellos compañeros de experiencia que sufren mucho más que nosotros, repetimos displicentemente: "¿quién soy yo?", "no presto", "soy un fardo de imperfecciones" o " ¡quien me diera poder!"....

Situémonos, sin embargo, en el lugar y en la angustiada expectativa del hermano, caído en el camino, y reconoceremos que Jesús nos espera como somos y como estamos para servir, porque, sirviendo acabaremos aprendiendo que todos somos hijos de Dios y que, si hoy disfrutamos el privilegio de dar, tal vez mañana estemos con la necesidad de recibir.

SIN ESMORECER

Acompañarás tu fe, traduciéndola en servicio a los semejantes, como la fuente se confía al propio curso, guardando la bondad por destino.

Grandes y pequeñas ocurrencias desfavorables sobrevendrán, induciéndote a instaurar en el mundo íntimo la revolución de los instintos amotinados, cual si debieses quebrar, en siniestra crisis de revuelta, la escalera que la vida te destinó a la escalada hacia los Cielos.

Entretanto, aun cuando tengas de comprar tu equilibrio a precio de lágrimas, pagarás el tributo sin perder la visión de la eternidad que a todos nos envuelve en su flama inextinguible.

En el claro camino que te fue reservado, percibirás los lamentos y las injurias de aquellos que creyeron en la elevación sin trabajo y se hallaron engañados por la propia rebeldía, en la zanja del desencanto, y aquellos otros que transformaron la libertad en pasaporte para la demolición, acabando angustiados en la descreencia que generan para sí mismos.

Transitarás auxiliando y construyendo entre los que se aliaron con la violencia o que se deterioraron por la cartilla de la desagregación, y serás, por tu fe, el aliento de los que lloran, la esperanza de los tristes, el rayo de sol para los que atraviesan la larga noche de la penuria, el apoyo de los amargados, la abnegación que no teme extender el brazo providencial a los caídos, el bálsamo de los que cayeron y se hirieron sin rumbo...

Concuerta con los designios de Dios, que coloco la flor en la hierba con el mismo amor con que incendió la estrella del firmamento, y sigue adelante, en tu apostolado renovador, en la certeza de que no hay lugar ni dificultades que el Todo Misericordioso desconozca.

Tu fe — tu armadura y tu crisol. Con ella te defenderás contra las arremetidas de la sombra y, por ella, te purificarás, a través de la lealtad al Bien Eterno, tantas veces marcada a fuego de sufrimiento.

Será ella, por fin, tú guía para el ingreso en la suprema redención, exigiendo, entretanto, para semejante victoria, que te dispongas a bendecir incesantemente y a servir sin esmorecer.

UNA SOLA LUZ

Nadie niega que pruebas amargan, que luchas complican, que desentendimientos dificultan, que ofensas hieren. Nadie niega esto.

Entretanto, es imperioso considerar todo eso en la condición real con que se presenta en la escuela de la vida, esto es, por material didáctico en la elucidación y en el perfeccionamiento del alma.

Rememora, a título de estudio, los últimos diez años de existencia, sobre los cuales te eriges físicamente ahora.

Examina la transitoriedad de todas las ocurrencias que te entretejen el paisaje exterior.

Enumera los obstáculos que atravesaste, muchos de los cuales se te figuraban montañas de aflicción, y que hoy se te transformaran en experiencias benditas.

Recuerda los compañeros que se distanciaron de ti o de los cuales te distanciaste, cuya ausencia, antes de la separación, te parecía insoportable y que actualmente resguardas en la memoria como benefactores a que te reúnes, en espíritu, dentro de las más altas dimensiones de armonía y entendimiento.

Cuenta los problemas de familia que te agredían antiguamente, a la manera de pesadillas, convertidos presentemente en ventajas y bendiciones, en el camino de la propia vida.

Anota el número de personas que, en otras ocasiones, interpretabas por adversarios potenciales y que el tiempo transfiguró en refugios de paz y comprensión en tu beneficio. Y pondera cuanto a los amigos que creías detentores de larga existencia en el cuerpo terrestre, y que, con sorpresa, viste partir, en el rumbo de la Espiritualidad Mayor, antes de ti.

Revisa todo lo que miraste, oíste, acompañaste y emprendiste, en apenas dos lustros de permanencia en la Tierra, y verificarás que una sola luz persiste, por encima de todos los fenómenos y acontecimientos del día a día, — la luz de amor que colocaste en el deber rectamente cumplido, ante las criaturas e ideales a que empeñaste el corazón con el trabajo en el bien de los demás, luz que permanece inapagable en nosotros y por nosotros, a iluminarnos el camino hacia la felicidad verdadera, hoy y siempre.

PRONTUARIO DEL ALMA

Cuanto más se perfeccionan las técnicas y procesos de vivencia en la civilización, más se amplían los dispositivos de protección y defensa a beneficio de la vida humana.

Leyes de tránsito previenen accidentes.

Aisladores controlan cargas eléctricas.

Antibióticos extinguen infecciones.

Anestésicos frustran el dolor.

Recuerda que el proceso del mundo te faculta igualmente crear un prontuario del alma, capaz de inmunizarte contra desesepero y amargura, angustia e insatisfacción.

Nos referimos al binomio "servicio y olvido", susceptible de conferirnos tranquilidad siempre que sea puesto en acción.

Cuando aparezca, el sufrimiento nacido de supuestas decepciones, o ingratitudes del comportamiento ajeno, trabaja para el bien y olvida todo mal.

Si entregamos el corazón en tales circunstancias a la hiel del pesimismo o se alquilamos la palabra al dominio de la queja, será justo interrogarnos en cuanto a la inconsecuencia de nuestra propia actitud.

Resentimiento o desánimo de nuestra parte traducirían súper-estimación de valor con respecto a nosotros mismos, y espíritu de irritación o de amargura presupondría, de nuestro lado, la posesión de una superioridad ilusoria.

Forzoso comprender que todos nosotros, los espíritus en evolución en la Tierra, estamos aún lejos del perfeccionamiento a que esperamos llegar. Y para el inicio de semejante perfeccionamiento o aun para continuar dentro de él después de comenzado, es indispensable contribuir en la formación de la felicidad de otros, sin que otros nos deban retribuir.

En cualquier dificultad y males, procura la práctica del bien y, en la labor incesante del bien, busca transponer obstáculo a obstáculo en la certeza de que así liquidarás problema a problema.

Eso porque "servir" y "olvidar" serán siempre las bases de la armonía y de la elevación. Y la vida así será, constantemente, porque si hoy somos llamados a actuar en socorro a los demás, mañana probablemente serán los demás llamados a actuar en socorro de nosotros.

EL COMPAÑERO OCULTO

En las dificultades de ahora, reflexiona en las otras dificultades que ya te viste en la contingencia de atravesar.

Inquiere de ti cómo venciste las crisis del camino y verificarás que la superación vino mucho más del amparo oculto que de tu capacidad de ver y preparar.

Es que detenías ayer, cuanto posees hoy y tendrás siempre el compañero encubierto que trabaja contigo en silencio...

Lágrimas que te parecían inestancables desaparecieron, un día, de tu cara, mientras que sonrisas de confianza te repuntaron del rostro, a la manera de rosas que se te enraizaron, incomprensiblemente, en el corazón.

Dificultades que te sitiaban la vida, a la manera de llamas amenazadoras, por todos lados, se extinguieron, como por encanto, cual si lluvias balsámicas chorreasen del cielo, liberándote el paso hacia otros campos de interés y realización.

Aversiones gratuitas te amargaban las horas, pero un instante apareció en que tus más férreos enemigos te brindaron con testimonios de solidaridad y simpatía.

Pruebas necesarias te dejaron el espíritu, recordando tierra arrasada por plaga consumidora, entretanto, nuevas plantaciones de afecto y de esperanza nacieron alrededor de tus pasos, encaminándote a la labranza del coraje y de la paz.

Si indagas de ti mismo cómo y por qué te sucedieron semejantes prodigios, no sabes explicarlos en el origen, dándote cuenta únicamente de que te hallabas en el desempeño de las propias obligaciones, cuando el apoyo invisible te sorprendió con luces y bendiciones renovadoras.

Aún hoy, si amargura y obstáculos te visitan prosigue en el área de los deberes que el mundo te confirió, porque Dios, el compañero que te sustenta y te inspira, permanece contigo, propiciándote sentido a la tarea y significado a la existencia.

En la mayor parte de los fracasos humanos, habitualmente, vemos el desespero de alguien que no supo o no quiso aguardar la intervención oculta de la Divina Providencia, en las horas de aflicción o de indecisión.

Por mayores tus dificultades, no desfallezcas.

Prosigue trabajando y esperando, en el camino de las obligaciones que la vida te señaló, porque Dios está actuando para resguardarte en seguridad y ofrecerte lo mejor.

TU PRIVILEGIO

En los momentos difíciles, — naturales en el camino de todos, — no desperdicies el tesoro de las horas con desesperación y abatimiento. Recuerda el privilegio que recibiste de la vida, — el privilegio de vivir.

Es posible que nubes de desengaño te hayan caído en el camino como aguacero de hiel; eso, sin embargo, no te impide llevar algún consuelo a los que vegetan en catres de sufrimientos y que no tuvieron en el curso de muchos años ni aun el más leve soplo de cualquier esperanza.

Hablas de dificultades domésticas que te impiden la caminata hacia la meta de determinados deseos; nada, todavía, te imposibilita la conducción de apoyo, aunque mínimo, a aquellos otros compañeros que suspiran por libertad, en los impedimentos de las prisiones y de los hospitales.

Refiérete a preocupaciones que te queman el cerebro para responder con eficiencia a los desafíos del mundo; disfrutas, entretanto, la bendición de poder amparar las criaturas hermanas que perdieron, temporalmente, el equilibrio mental, segregadas en los manicomios.

Reportaste a desastres afectivos que te dejaron en lágrimas de nostalgia; pero posees la facultad de frustrar la soledad ofreciendo presencia y bienestar a los hermanos que atraviesan la romería terrena en extremada penuria, suplicando migajas de reconfortalecimiento.

No te abandones al pesimismo, cuando traes contigo el don de construir y recuperar.

Cuando tantos compañeros de la Humanidad se ven impedidos de caminar hacia la solución de los problemas que les son propios, considera tu prerrogativa de caminar para socorrerlos.

Y, si te ves en carencia de amor o de alegría, ejerce pronto tu privilegio de comprender y de auxiliar.

Quien sustenta, es sustentado.

Quien sirve, es servido.

Quien da, recibe.

Esa es la ley.

CAMINO DE CRISTO

Cargar nuestra cruz, camino de Cristo, será abrazar las responsabilidades que nos corresponden, en el sector de trabajo que El mismo nos confió.

Y, en la adhesión al compromiso esposado, urge no olvidar que nuestras dificultades pueden ser modificadas, pero no extinguidas.

Sin obstáculos, caeríamos en la inercia.

Y es forzoso avanzar sin desfallecer para evolucionar.

En cualesquier circunstancias, nos corresponde trabajar, aceptándonos con las imperfecciones que aún traemos, realizando lo mejor a nuestro alcance, a percibir que sin el conocimiento de nuestras propias flaquezas, caeríamos en el orgullo.

Oír remoquetes y reprobaciones, aguantando los agujones candentes de la acusación y de la crítica, aprendiendo que sin eso, no conseguiríamos efectuar nuestros sencillos ejercicios de paciencia y de humildad.

Reconocer, en todas las dificultades del camino, que la transitoria incompreensión es parte importante del programa.

De cuando en cuando, ella nos sacude las construcciones espirituales verificándoles la firmeza. Y, a veces, en semejante prueba, nos desnuda la soledad.

Entretanto es preciso sea así.

De tiempo en tiempo es imperioso atravesar la soledad, a fin de que seamos impulsados al esfuerzo máximo, porque, sin esfuerzo máximo, no obtendríamos la deseada renovación.

Contradicciones tendremos siempre, una vez que las contradicciones nos obligan al estudio y, sin estudio, el raciocinio se nos yace al nivel de la rigidez espiritual.

Llamados a amar y auxiliar a los que se nos oponen, es necesario amarlos y auxiliarlos con la tolerancia y la bondad con que el Divino Maestro nos amó y auxilió, incesantemente, mientras nos oponíamos a Él.

Para nosotros que aceptamos la jornada hacia la integración con Jesús, no hay posibilidad de retroceso, porque desistir de la lucha por la victoria del bien significa perturbación y no equilibrio, rebeldía y no fe.

En suma, cargar nuestra cruz será, de ese modo, romper con los milenios de animalidad en que se nos sedimenta la estructura del alma, principiando por encender los posibles rayos de luz en la selva de nuestros propios instintos, recibiendo, por la fidelidad al servicio, la honra de trabajar, en su nombre, no a través de méritos que aún no poseemos, sino en razón de la misericordia, de la pura misericordia que Él nos concedió

ANTE LA VIDA

No hay lugar en que nos veamos sin algún beneficio a prestar o alguna cosa a hacer.

Sea cual sea la circunstancia del camino, ahí encontramos la ocasión precisa para realizar lo mejor.

Por eso mismo, el tiempo es el prodigioso indicador, abriéndonos situaciones inesperadas al don de comprender y de auxiliar.

Aún en los caminos más oscuros de la prueba o de la aflicción, somos enfrentados por ocasiones valiosas de renovación y progreso.

Si te ves delante de rutinas deterioradas, aunque la rutina sea bendita escuela de formación espiritual, es necesario reflexiones en las posibilidades nuevas que se te muestran a la existencia.

Si obstáculos te surgen, amontonados en la senda, reconsidera las propias actitudes y observa que habrá llegado el instante para más alto aprovechamiento de tus recursos, en los dominios de la expresión de ti mismo, ante la mies del mundo.

Imagina lo que sería la experiencia en la Tierra sin la ley de cambios.

Si la simiente no fuese lanzada a la soledad, en el seno de la tierra, y si los árboles no renunciasen a la posesión de los propios frutos, imposible sería pretender la vida planetaria. Si la infancia no marchase hacia la juventud y si la juventud no se dirigiese hacia la madurez, la evolución humana resultaría impracticable.

Cuando te reconozcas al borde del desespero o del desánimo, yérgete sobre los motivos de tristeza o desaliento y contempla los cuadros de la naturaleza en torno. Nuevos minutos se despeñan del corazón de las horas en tu beneficio, decenas y centenas de criaturas aparecen por todos los flancos, a dirigirte sonrisa de esperanza, tareas múltiples te piden devoción y los días siempre renovados te apuntan al Cielo, de horizonte a horizonte, siendo como inmensa puerta liberadora, a través de la cual, en cada mañana, la Sabiduría del Señor te invita sin palabras a recomenzar y progresar, a trabajar y vivir.

ORACIÓN POR LOS SERES QUERIDOS

¡Señor Jesús!

Nos concediste los seres queridos como tesoros que nos emprestas.

Enséñanos a considerarlos y aceptarlos en su verdadera condición de hijos de Dios, tanto como nosotros, con necesidades y esperanzas semejantes a las nuestras.

Haznos, sin embargo, observar que aspiran a géneros de felicidad diferente de la nuestra y ayúdanos a no violentarles el sentimiento en nombre del amor, en el propósito inconsciente de esclavizarlos a nuestros puntos de vista.

Cuando tristes, transfórmanos en bendiciones capaces de apoyarlos en la restauración de la propia seguridad y, cuando alegres o triunfantes en los ideales que abrazan, no nos dejes en la sombra del egoísmo o de la envidia, pero sí ilumínanos el entendimiento para que les sepamos acrecentar la paz y la esperanza.

Consérvanos en el respeto que les debemos, sin exigirles testimonios de afecto o de aprecio, en desacuerdo con los recursos de que dispongan.

Auxílianos a ser gratos por el bien que nos hacen, sin reclamarles beneficios o ventajas, homenajes o gratificaciones que no nos puedan proporcionar.

Esclarécenos para que les veamos únicamente las cualidades, ayudándonos a detenernos en eso, entendiendo que los probables defectos de que se muestren aún portadores desaparecerán en el amparo de tu bendición.

Y, si algún día viniéramos a sorprender algunos de ellos en experiencias poco felices, danos la fuerza de comprender que no será reprobando o condenando que les conquistaremos los corazones, y sí entregándolos a Ti, a través de la oración, porque sólo Tú, Señor, puedes sondear lo íntimo de nuestras almas y guiarnos el paso hacia el reequilibrio en las Leyes de Dios.